



El rayo interrumpió un danzón

Jorge Ruiz Dueñas



Fotografía: Alejandro Arteaga

BAILAR NUNCA HABÍA SIDO una actividad peligrosa. Seguir el ritmo de la música parece una forma inofensiva de buscar el latido universal de la existencia. Así lo intuía un viejo retirado cuando con puntualidad de mariscal acudía a la cita de fin de semana en el parque de la Ciudadela. Allí, dos orquestas de metales afinados y percusiones profundas ejecutaban música dedicada a veteranos. Con esos compases retornaba el pasado y se oían canciones sólo recordadas por los músicos y algunos experimentados miembros del añoso público. Las parejas se formaban merced a su afinidad rítmica, especie de contrapunto humano para abuelos deslizados sobre el entarimado sin recordar desdichas, animados por las notas escurridas entre el oasis vegetal de la plaza. No se hablaba mucho. El propósito era escuchar la música y dejarse llevar en movimientos orientados por la coincidencia y el vaivén de las notas, a la manera de una oscilación cósmica. Don Tomás aparecía los sábados por la tarde ataviado con un traje bien planchado y fuera de moda, tocado con un borsalino bajo el cual guardaba las canas de su alisada cabellera. Al bailar dejaba de lado el bastón y todos sospechaban la inutilidad de la caña. Pero el viejo Tomás se sentía seguro y elegante con el pulido madero cuando entraba impecable al parque después de bajar del transporte público concluido un viaje urbano de cuarenta y cinco minutos. Saludaba y se dirigía hacia una dama de cabellos entintados de rubio trigal ataviada como muñeca del pasado, y repetía siempre las



mismas frases para invitarla a ser su pareja. Como todos los contendientes se aproximaba después a la mesa de registro donde eran asignados los números en unos lienzos dotados de imperdibles, pues de eso se trataba, de un concurso de danzón. A Tomás le colocaban en la espalda la identificación de siempre. A la manera de los deportistas célebres reservaban para él un mismo número, por aquello de la buena suerte o simplemente por respeto. Nadie sabía lo suficiente de aquel anciano, ni siquiera su compañera habitual. No perdía, según sus propias palabras, la oportunidad de quedarse callado, pero traía consigo una sonrisa contagiosa de ventana abierta al mediodía. Los más experimentados decían haberle visto triunfar en varios concursos de abolengo e incluso de ritmos caribeños poco conocidos, siempre cadencioso al eludir movimientos superfluos. Los directores de las orquestas más prestigiadas conocían bien esas proezas.

Aquella tarde una llovizna suspendió los compases musicales para dar oportunidad de guarecerse de la inusual interrupción, casi a punto de llegar la primavera. El gran Tomás sacó un pañuelo blanco y lo pasó por el fieltro del sombrero mientras se acomodaba en la banca de piedra alrededor de un fresno robusto. En tanto veía alejarse a la rubia con pequeños pero apresurados pasos hacia el grupo de señoras. El galán antiguo la observó con atención y en su pupila se reflejó la tarde oscurecida de repente. Repasó entonces cómo en su vida fueron interrumpidas de esa manera tantas cosas y pensó en la adversidad, pero también en su forma de arrostrar las circunstancias siempre rodeado de música y de los dones gratuitos de la naturaleza. Pensó, sin saber por qué, en la infancia y los compañeros de la calle donde nació, en las mujeres amadas, en los aciertos

y desaciertos de su vida y en cómo le hubiese gustado ser marinero para viajar sin importar el rumbo. Volvió a cubrirse la cabeza con el borsalino un poco caído hacia su frente y advirtió las gotas al agitar los pétalos de los geranios y las puntas tiernas del césped. Sintió entonces la necesidad de llenarse del aire fresco con el aroma a lluvia y respiró hondamente. Alzó luego la mirada para ver a su compañera de baile como no la había visto jamás. Estaba envuelta en una especie de halo e inexplicablemente joven con la mirada radiante posada en él, separados apenas por aquella llovizna y los años mientras agitaba su brazo a manera de saludo o despedida. Tomás aspiró de nuevo y abrió una mano en alto. Ahora parecía encontrarse en la orilla opuesta de un río. Luego levantó el rostro mientras una renovada luminosidad vespertina entraba cegadora en su pupila y disfrutó el olor de la tierra cuando la luz se volvía intensa al desdibujar las formas. Pero él siguió allí, sentado, penetrado por la albura indescriptible y hundido en los recuerdos. Se dio un silencio extraño. Después el aire fue herido con gritos de horror y los viejos corrieron en diversas direcciones mientras Tomás caía transido, seguido de un trueno y el crujir de una rama del fresno donde se había resguardado. Todos vieron cómo salía humo de su pecho. Se acercaron temerosos y cubrieron su rostro con el sombrero porque ya no había nada por hacer. El parte del gobierno de la ciudad confirmó el deceso del asiduo concursante, algunas quemaduras leves de otros y un sinnúmero de ancianos con crisis nerviosas. A la semana siguiente el concurso de danzón se reanudó. ▲▲

Fragmento del libro *Contratas de sangre y algunas noticias imaginarias*.